

1. Mi experiencia como scout. Un relato

J. Alberto Mellado (AV)

No soy un romántico seguidor de la “Ley Scout” aunque, al igual que muchos de vosotros, vivo y practico a diario muchos de sus principios. Mi vida scout comenzó a los 12 años. En mi Colegio de Salamanca, un agustino muy dinámico, P. Jesús Torres, pasó por las clases ofreciendo la posibilidad de apuntarnos al Grupo Scout “La Flecha” (nombre de la finca donde Fray Luis de León pasaba largas tardes de primavera y verano). Desconocía por completo qué era aquello; jamás había oído hablar de los scout pero quizá mi curiosidad unida a la casualidad hizo que me presentase en los locales del grupo en los sótanos del colegio. Cito la casualidad porque muy posiblemente ella sea la principal razón por la que conocí el escultismo. Casualidad se traduce en que Roberto, mi mejor amigo en el internado, tenía un hermano “Jefe scout del grupo” y, por supuesto, él ya se había inscrito. Comparto el dato con vosotros porque así lo comprenderéis todo mejor.

La Flecha pertenece al MSC (Movimiento Scout Católico). Existen otros dos grandes movimientos escultistas, el Movimiento Scout Nacional (de España, de Francia, de Italia...) y el Movimiento Scout de Baden Powell; ambos comparten una visión muy cerrada de los principios de este movimiento pedagógico. Sus seguidores lo viven con exceso de celo y esa interpretación tan literal de la ley puede ser una de las grandes diferencias entre los grupos. La mía fue una experiencia abierta, flexible, sin excesivos formalismos. Por supuesto había normas, leímos *Escultismo para muchachos* y en algunos actos utilizábamos el uniforme (una camisa de un color diferente según la “rama” por edades: pies tiernos, lobatos, rangersguías, pioneros y rutas). Hacíamos nuestra “promesa scout”, un momento de seriedad y solemnidad en el que, libremente, quienes así lo consideraban prometían “vivir y defender, durante toda su vida, la ley y principios scout”. Pero en todo se respiraba una atmosfera espontánea, sincera, humana, transparente, lejos de sectarismos o manipulación de voluntades.

Nos juntábamos todos los sábados del año, menos en vacaciones. En los locales nos esperaban, fieles a su cita, los monitores-responsables a los que en el argot scout se les conocía como “Jefes”. De ellos aprendimos el valor del compromiso, de la generosidad, de la fidelidad. Su constancia, su entrega, su trabajo desinteresado caló siempre fuerte entre nosotros. Era gente joven, entusiasta y trabajadora que nos dedicaban horas y horas sosteniendo su tarea en dos pilares: la ley scout y el Evangelio. Debían hacerlo muy bien porque conseguían que nadie faltase a la reunión y a las actividades que se organizaban cada semana.

Hay dos momentos importantes en la vida de todo scout, las acampadas y los campamentos, por el contacto y el respeto a la naturaleza, tan especial en la pedagogía scout. A pesar de resultar políticamente incorrecto y aún a riesgo de herir algunas sensibilidades, diré que la relación del escultismo con la naturaleza, o al menos la que a mí me transmitieron, no tiene nada que ver con las propuestas que presentan algunos grupos y asociaciones con protagonismo activo en la sociedad actual. Lejos de ideales utópicos y románticos, entendí que BP presenta la naturaleza como una escuela abierta en la que cada detalle es una excusa para aprender: miles de recursos al servicio del ser humano, paisajes y espacios para el encuentro con uno mismo, para la reflexión, para educar la sensibilidad del ser humano hacia lo bello, para escuchar el silencio, un recurso más para hallar la felicidad.

Una vez al mes salíamos de acampada. Lo esperábamos todos con ansiedad. Casas parroquiales, albergues, eras, casas de amigos, cocheras, nos servían como casa-refugio. Pasábamos el tiempo en las calles de los pueblos haciendo actividades con los niños de las localidades que visitábamos, mostrándoles nuestra forma de divertirnos, mezclándonos con la gente. En ocasiones se programaban actividades realmente sorprendentes como la bajada en balsa por el Tormes desde Salamanca a Pino de Tormes... ¡Qué locura pero, qué aventura tan impresio-



Junto al instrumental simbólico del Escultismo, algunas anécdotas que se anclan en la existencia como aprendizajes vitales que acompañan y nos ayudan a descubrirnos y a visualizar caminos por los que andar...

nante, intensa e... “irresponsable”. Eran tiempos en los que el ocio y el tiempo libre no necesitaban de tanto formalismo y burocracia.

Dos campamentos al año: uno en Semana Santa y otro en verano. La actividad estrella que nadie se quería perder. Algunos padres amenazaban a sus hijos con no ir, si no aprobaban el curso... Vivíamos experiencias inolvidables: dormir entre bloques de nieve, trabajar recogiendo heno a cambio de comida (todavía tengo grabada la imagen de mi amigo Félix Emilio comiéndose tajadas y tajadas de chorizo cocido y tocino a dos carrillos mientras “el Pere” – otro amigo – y yo le mirábamos con la boca abierta porque a pesar del agujero que teníamos en el estómago no éramos capaces de meternos aquello *pal pecho...*). Teníamos 13 años y nos mandaban de “Raid”, que consistía en buscarte la vida durante dos días por los pueblos limítrofes del campamento (3-10 Km.) pidiendo trabajo a cambio de comida y un lugar para dormir. Solo en la mochila una manzana, una libra de chocolate, pan y el saco de dormir... Con el paso del tiempo puede parecer una locura –y de hecho pienso que así es– pero era la oportunidad de poner a prueba algunos recursos y actitudes necesarios para afrontar la vida y las dificultades con optimismo: la capacidad de adaptación, poner a prueba nuestro compromiso, amistad etc. Otros muchos momentos enseñan y obligan a practicar tus destrezas y habilidades útiles en tu futuro laboral y familiar: fuego de campamento, construcciones (cavar letrinas, montar comedor, puentes sobre riachuelos...), marchas de tres y cuatro días por la montaña, trabajo como voluntarios en pueblos arreglando y limpiando jardines y calles...

También me gustaría dejar alguna impresión de mi etapa como Jefe scout. Con 18-22 años viví de cerca la dureza del compromiso, las complicaciones de asumir responsabilidades, las dificultades de preparar actividades que motivaran a los niños y jóvenes y, al mismo tiempo,

disfruté el sabor del trabajo bien hecho y el deber cumplido, la gratificación del reconocimiento de tu esfuerzo por parte de niños y padres y sentir la felicidad que te llena cuando finalizas una ronda solar (año scout), una acampada o un campamento, por el simple hecho de haber realizado tu trabajo con entusiasmo y observar que ese sentimiento lo compartes con un grupo de personas que han vivido con la misma intensidad todos esos momentos y experiencias.

De esta etapa quiero resaltar la labor con un grupo de jóvenes que, como otros muchos de su edad, no tenían las cosas muy claras, pero sí una fuerte necesidad de sentirse útiles. Hablamos con varias asociaciones que trabajaban en diferentes campos de compromiso social: indigentes, minusválidos, familias con dificultades... Hoy varios de ellos son profesionales en esas asociaciones y cumplen, como entonces, su labor con un “compromiso proactivo”, más allá de su labor como profesionales. Sin duda alguna, estas imágenes dan sentido a la labor que se realiza en estos grupos y asociaciones, más allá de apellidos (scout, montañeros, asociaciones juveniles...) e ideología.

Para finalizar, solo una reflexión: El escultismo es un movimiento pedagógico tan válido como otros muchos. Ni peor ni mejor. Sólo las personas que los dirigen pueden hacer que su esfuerzo merezca la pena, independientemente de ser o no scout. Cuando Baden Powell comenzó a trabajar con jóvenes no imaginaba la trascendencia que sus ideas y su labor iban a adquirir. En este resumen de su último mensaje podemos ver la auténtica sustancia del movimiento scout: “La verdadera manera de encontrar la felicidad es haciendo felices a los demás. Traten de dejar el mundo en mejores condiciones de como lo encontraron. Estén listos para gozar de una vida dichosa y morir dichosos. Aférrense a su promesa scout siempre, aun cuando hayan dejado de ser muchachos. Que Dios les ayude a hacerlo así”.